



Cuerpos

Experimentum corporis

Cualsea / Pensamiento contemporáneo¹
cualsea.pensamientocontemp@gmail.com

Modo de citar: Cualsea / Pensamiento contemporáneo. (2015). Experimentum corporis. *Pelicano*, 1. Recuperado de <http://pelicano.ucc.edu.ar/ojs/index.php/pel/article/view/19/10>

Resumen

El cuerpo no existe, esa es la intuición sobre la que se construye el artículo. El cuerpo no comparte el rango del ser ni del acto. No es un objeto en medio de otros objetos, tampoco un sujeto al lado de otros sujetos. El cuerpo no tiene consistencia, no es: insiste. Los cuerpos, cada cuerpo, es una potencia que insiste según grados diferentes. ¿Y cómo opera esa insistencia? Por imágenes; un cuerpo es una potencia de emanación de imágenes y producción del montaje abigarrado de las mismas. Esa doble operación carece de presupuestos y se hace cada vez. Un cuerpo es la experimentación de ese cada vez. El artículo intenta, por lo tanto, escribir un cuerpo, hacer un catálogo posible de sus imágenes, de sus insistencias; en ese sentido, no se trataría de un concepto ni un saber sobre el cuerpo sino, más bien, fragmentos de cuerpos, un auténtico experimentum corporis.

Palabras clave: Cuerpos, escritura, catálogo, imágenes, experimentum.

Abstract

The body does not exist; that's the intuition in which this text is build. The body doesn't share the rank of being or act. Is not an object among objects, neither a subject between subjects. Body doesn't have a consistence: it insists. The body, each body, is a power that insists in different degrees. How does this insistence operate? By images; the body is a power of emanation of images and the process of mounting attached in it. That double operation lacks of specifications and is made each time. A body is the experimentation of that each time. The article tries, therefore, to write a body, to make a catalogue of it possible images, of it insistence; in this sense, it's not about a concept or a knowledge of the body but rather fragments of bodies; an authentic experimentum corporis.

Keywords: body, writing, catalogue, images, experimentum.

“Vine, Tiresias, porque mi cuerpo habla un lenguaje que no entiendo”
Cancha rayada, German García

Un cuerpo llega a ser por las imágenes del cuerpo. A distancia de sí mismo, sólo se alcanza momentáneamente por el puente armado con la imagería corporal, que a su vez se compone con las hilachas de un cuerpo desmembrado. Hipótesis: la carne monopoliza los materiales con los que se construye la imagería corporal. Un cuerpo llega a sí mismo carnado, o lo que es lo mismo: descarnado, descarnándose. La carne es la finitud. La carne es la putrefacción. No somos finitos porque morimos, devenimos finitos porque sólo miramos el cuerpo por la carne. Morir es un avatar del carnocentrismo. Interrumpir ese dispositivo tecnotanático implica erigir otra imagen del cuerpo desde la cual despejar el espacio lógico de otra experiencia posible del mundo y nosotros mismos.

(-¿pero quién, nosotros?-)

¹ Cualsea/Pensamiento contemporáneo. Grupo de lectura y amistad conformado en 2012, cuyas discusiones buscan indagar en los continuos cruces entre filosofía, literatura y psicología. Ha organizado un ciclo denominado Lecturalia, desde donde se propuso: “Leer para nada, en pos de nada. Ligar lo leído, repetirlo, para luego retornar a lo que siempre nos está esperando ahí y que exige un poco más de nosotros cada día”. Integrantes: Emmanuel Biset / Juan Manuel Conforte / Lorena Fioretti / Paula La Rocca / Natalia Lorio / Franca Maccioni / Javier Martínez Ramacciotti / Gabriela Milone / Ana Neuburger / Silvana Santucci.



Pulso

Hay un tiempo que atraviesa nuestro cuerpo. No sólo el tiempo inexorable y finito que se proyecta en el término de una vida, tiempo cronológico que se alberga en nuestro cuerpo e inscribe marcas en él. Además, hay otro tiempo que marca un ritmo diferente y se figura en el pulso. Ambos tiempos, solapados, conviven en nosotros. El pulso compone una temporalidad singular, una serie rítmica que yuxtapone en su movimiento tanto una presencia como una ausencia. Lo que pensamos como una continuidad no es más que un intervalo. La vida entonces estaría marcada por la interrupción. El pulso no se proyecta sobre una línea, más bien se inscribe en la cesura, en la detención. Es un tiempo heterogéneo. Y si bien cuenta de una medida, podemos sentirlo y medirlo, no se encuentra en un lugar a definir, recorre el cuerpo pero no se inscribe en un órgano determinado. Se relaciona íntimamente con el corazón, pero como resto de su trabajo, como su producto. Cada latido, en su intermitencia, se despliega como una onda expansiva que circula por el cuerpo, imprimiéndole al pulso cierta plasticidad. Su expresión es la sangre que fluye y produce ese ritmo sincopado que acompaña cada latido. Es la exposición de ese movimiento de contracción, de la dialéctica singular que componen sístole y diástole.

El pulso entonces significa fuerza, potencia. También agitación, salto, golpe, cambio de estado. Si bien su movimiento en el tiempo constituye una frecuencia que efectivamente se traduce en una vida, su ritmo no responde a una idea de continuidad. La detención de ese palpar asume aún más fuerza que el propio latir. El silencio de ese intervalo termina por configurar el tiempo del que están hechos todos los cuerpos.

Piel.- Órgano. Grafo.

Composición infinita de membranas. Película imperceptible que distancia las cosas. Superficie que envuelve el cuerpo impidiendo su descomposición. Envoltura que disemina el cuerpo en el espacio y el tiempo. Matriz de contención y dispersión de órganos, músculos, huesos, nervios, venas. No hay cuerpo: hay

pieles. Hay pieles formando y deformando cuerpos. Frontera entre el adentro vesicular y el afuera sensible. La piel constituye los seres, los habita. Mediación con el mundo, con los otros, con uno mismo. La piel de la piel: el vello. Ventanas: heridas, sudores, respiración. Posibilidad e imposibilidad del tacto. La piel cuida y vulnera. Extensión que mueve y reposa. Barrera que protege del mundo. Lugar de apertura al mundo. Intervalo que separa del mundo. La piel toca, huele, ve, escucha, saborea. Extensión rugosa: surcos, lunares, pecas, verrugas. Cada quien exuda: lo poroso.

La piel: lengua silenciosa, lenguas mudas. Infinitas capas que se pliegan unas sobre otras para hacer del sendero un lenguaje. La piel es un trazado reticular de líneas de lenta escritura. La piel escucha y anota, por partes, por sensibilidades. Tejido que abre y cierra, comunica, y dibuja un idioma. Se huele, se toca, se escucha, se saborea, se ve: no hay saber de la línea. No dice, no calla, no escribe: surca. Cada extremidad tiene su piel, cada órgano tiene su piel, cada vena tiene su piel: piel sobre piel sobre piel. Entre una y otra lo invisible, lo inexistente. El vacío: el pliegue que traza la huella. Se presume su lectura. El cuerpo no puede, no sabe, no es: hay pieles. Sólo piel, composición infinita de capas que inscriben los jeroglíficos de cada existencia, siempre destinada a borrarse. En cada parte seguir las líneas, sólo seguirlas, para descubrir la imposibilidad del cuerpo y la lengua.

Pupo

“Y desde el lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio.”

Freud

Una cicatriz en el vientre aloja al pasado en el centro de lo que somos. Una marca indeleble señala con su trazo bifronte hacia el origen (acuático, uterino) que se sacrifica al comienzo de la vida (atmosférica, autónoma) en la tierra. *Ombigo*: llaga que se retrae, rodete hundido que figura con su forma los trazos de una unidad perdida en el corte que anuda, liga y separa,



abre del otro a lo otro, como otro. Nudo expuesto en el que persiste algo imposible de desenredar; maraña en la que conviven lo vivido y lo no conocido, lo olvidado y lo inmemorial, lo anterior y lo porvenir. En tanto límite inexorable de la interpretación que impide la clausura, su imagen expone una única certeza: no somos, como Adán, los primeros, nuestra panza no es lisa como la suya.

Quizás por ello su extrañeza singular no ha cesado de espejarse en palabra, símbolo, figura que promete una (im)posible comunicación entre los tiempos, los dioses, los hombres y los muertos. Ombligo-origen-centro incluso de lo increado; ombligo innumerables veces refractado como monte-ombligo de la tierra, como estrella-ombligo del cielo, como piedra-ombligo sagrado. Atadura de la que, se dice, se gestan como champiñones los deseos, las imágenes, el erotismo y los sueños. Vestigio de un final, en suma, que expone al mundo y se pluraliza en él para contradecir, una vez más, al dicho popular que advierte contra los riesgos de querer ser “el ombligo del mundo”. Ni ombligo, ni mundo: en sus pliegues y repliegues se vuelve germen de los mundos y prueba de su pluralidad.

Más acá o más allá de la cultura y su legado simbólico, en el espacio-tiempo singular que compartimos y en nuestra lengua, al espesor de su extrañeza oponemos el saboreo inicial del sonido: *pu-po*; luego el gesto infantil de meter el dedo, hurgar en lo desconocido y sonreír.

Boca

Bucca, antiguamente *mejilla*, cavidad hinchada, insuflada. Aire de la boca, boca que cruza el aire para abrirse al mundo. Boca que aún no articula palabra. La boca-mejilla deberá encontrar el *os*, *oris*, y combinar el sonido consonante labial de la B (sonido obstruyente, labios sonando en el apretar de uno contra otro) para abrirse de la *baba* a la *oración*. La boca nunca habló ni habla exclusivamente. Hay boca cerrada apretando el pezón que alimenta, como así también hay boca cerrada apretando los dientes que rechinan (por furia, por frío, por sueños pesados). Hay boca abierta de sueño, boca cerrada sin moscas. Hay boca entreabierta que escupe, que entredice.

Hay boca con tierra, con palabras; boca de aire, con burbujas. Hay boca hecha agua, por el deseo, por el hambre. Hay boca de agua en la desembocadura de río y boca dura de la piedra que se agrieta en su entrada. Hay boca abierta enervando los nervios de la lengua hacia el sonido; hay lengua fuera de la boca que lame el amor y el dolor; hay lengua enrollada sobre su propio gusto en la boca cerrada. La lengua está pegada al fondo de la boca. La boca puede estar pegada al suelo, en un perder que muerde el polvo. Hay boca llena a la que se le prohíbe hablar y hay *bocca chiusa* a la que se le permite cantar, tan sólo murmurando. Hay *boquitas pintadas* y bocazas descolocadas. Hay boquillas que afinan el humo y bocados que se sacan al alimento, al cuero, al cuerpo que se ama. Hay un dios en la boca que juega al lenguaje y hay ausencia de dios en la boca que pronuncia su muerte. Hay boca limpia de higiene y boca sucia de insultos. Boca de sonido, de grito, de susurro; boca de silencio, de cerrazón, de desprecio. Boca *bucal* y boca *vocal*: boca de cavidades y boca de cuerdas, boca de aire y boca de voz. ¿Dónde comienza la boca, dónde finaliza? ¿Cómo hace la boca, aún sin la prominencia que subsiste en los animales, para guardar todo: aire, agua, tierra, fuego, deseo, rabia, terror, ternura? La boca besa y muerde, habla y calla, engulle y expulsa. Se respira por la boca, se duerme boca arriba, con la boca abierta. Se exhala el último aliento por la boca. Una boca contra un espejo puede avisar la muerte, y al morir, la boca se queda abierta: por esa cueva ya no pasa la vida, hay apertura de nada, al vacío. Una boca cerrada puede hablar (*mística*: hablar con la boca cerrada). Una boca abierta puede no decir nada (*hablar por hablar*). Una boca puede besar *con los besos de una boca* (*Cantar de los Cantares*) y puede *bacciare tutta tremante* (Dante). Una boca puede morderse los labios (*queilofagia*) o morderse la lengua (contenerse). La boca puede comerse a sí misma (antropofagia *in extremis*) o comer otra boca (deseo *in actu*). Boca enferma: amarga, seca, dulce, mojada. Boca loca lanzada a la suerte (*in bocca al lupo*). Miedo en la boca: boca de la noche, boca del lobo. ¿Quién sabe todo lo que toca una boca, todo lo que bordea, todo lo que saborea, todo lo que sabe, y al fin, todo lo que puede?



Útero

“Mi cuerpo, implacable topía”
(Foucault)

Hay el cuerpo, los cuerpos, el sexo, los sexos y el (im)posible encuentro. Y sin embargo... en ese encuentro fallido algo se (re)produce, algo se instala y abre ese pliegue que es el útero. La regla es que ese espacio permanezca plegado, cerrado, vacío. Lo excepcional es que se abra, acoja, reciba, contenga, cuide, pero también, se contraiga, expulse, suelte, aborte. Cuando se despliega, algo del orden de la hospitalidad acontece: propiedad de una experiencia pero al mismo tiempo desalojo y éxodo de cualquier mismidad. Relativa hospitalidad finita, pues ella debe concluir. Inauguración de un espacio cuya clausura está anticipada.

Parir, dejarse en el parto una parte, restos líquidos bañan el espacio y señalan su presencia: agua, sangre, mocos, sudor. Retorcer, volver a torcer o insistir en el torso, en el centro, allí donde se ubica la continuidad de la vida. Descubrir que existe una fuerza que fuerza la salida más allá del saber. La experiencia está, entonces, del lado del sabor. Dolor. Parir, “dar a luz”, salir de la oscuridad, de ese pliegue del que ya no se vuelve: deviene otra cosa. Restan heridas, cicatrices, marcas. ¿Se trata de un don en ese dar a luz? Allí donde también se juega lo real del cuerpo, se nace. Carne de otra carne. ¿Parientes? ¿Qué parimos? Se pare la vida en la palabra o la vida de las palabras en ese lugar que engendra desde el vacío para volver finalmente al vacío. Porque parir es gestar un nombre, nombrar y también llamar, demandar, hacer venir mediante el gesto de la palabra y la carne lo otro al mundo, quizás, lo otro del mundo. El útero como el espacio posible de toda utopía, pero como su anverso, como esa *topía despiadada* cuya presencia absoluta señala la certeza que dan los cuerpos en juego: pura verdad intransferible e imprevisible.

Pelo

“Debo confesar que sentí algo raro cuando vi mi cabellera tendida sobre la mesa. Me pareció como si me habían cortado una pierna”.

Josefine (*Mujercitas*)

“El pelo está ahí, agazapado en alguna parte”.

Alan Pauls

Con tallo, raíz y punta, con debilidad o fortaleza. Quebradizo, sombrío, iluminado, etéreo, imposible, seductor, rebelde, pesado, seco, sin carácter. El pelo nos educa.

Nos da un orden y una orden: hay que lavarlo, secarlo, cepillarlo, cortarlo, perfumarlo, juzgarlo o eliminarlo. Sostener una imagen que sale de adentro de la cabeza y otras tantas, menos visibles, que brotan del cuerpo. El pelo es un objeto caído, cedido, cesible y no reintegrable del cuerpo. Nunca el mismo pelo retorna al mismo lugar. El pelo se vuelve sistemáticamente una parte postiza del cuerpo y una potencia latente.

El pelo crece -nos dicen. Pero no siempre. Es común perder entre cincuenta y cien cabellos por día. Excepto las plantas y las palmas estamos impermeabilizados por una capa de pelos. El pelo se acomoda, se alisa, se tiñe, se nutre, se humedece, se barre, se impone: *stone, savage, carré*, bocha o taza.

Barba, barba candado, bigotes o patillas.

Marx, Fidel Castro, Hitler, Hendrix, Cantinflas o Charly García.

El pelo se hace presente, se acaricia, se enreda, se toca, se revisa, se tira, se arranca, se huele, se masajea, se modifica, se trenza, se oculta, se ata. Se realizan costosas pelucas cosidas de pelo natural o se lo fabrica artificialmente de plástico para muñecas. Se hacen peluches. Cada tanto se ponen de moda géneros peludos como el *plush* o el *chifón* de invierno. Y hay quienes se operan pelos con láser. Se los extirpan o injertan definitivamente. Hay pelo biológico, pelo mecánico, pelo mágico, *pelusa, pelillo, pelecho, pelambre*.

Un pelo puede hacer mucho: tirar más fuerte que bueyes, cocinarse en una sopa, confirmar una identidad, provocar un despido, tapar una cañería, atragantar a un gato, estrangular a un dedo, verse involucrado como parte de pago en un sistema de intercambios o promesas.



También puede hacer cosas por sí mismo: el pelo se aviva, se arremolina, se infla, se demora, se para, se opone, se pone *a contrapelo*, se queda enganchado a otro.

El pelo es material heredable y está sujeto cambio. Con pelo no siempre se nace, se hace. No es fácil vivir en *pelicidad*. Nuestro pelo actual puede venir de otro tiempo, ser pelo futuro de una especie extinta.

Como atributo, nos brinda certificación, desconocimiento o extrañeza. Hay pelos raciales, faciales, razas de pelos, pelos intrauterinos, pelos públicos y pelos privados. Almohadas de pelos, pelos íntimos, pelos perdidos, pelos pegados, pelos incómodos, pelos guardados. Hay, también, pelos rezagados, pelos *fuera de lugar*, pelos útiles, pelos falsos, pelos funcionales, pelos necesarios, pelos de ocasión, pelos de trabajo. Pero a veces, hay pelos que nos enamoran y allí, entonces, *como si nada supieran*, comienzan a sostener los hilos que los arrastran a los sueños.

Ojos

Potencia de un don: dar vista, ilustrar, iluminar o hacer ver. ¿Pequeño calco que duplica el *oculus mundi*?, ¿miniaturas de sol?

Globo mágico y trágico: abrir los ojos, nacer a una realidad, la de *estar dentro*; despertar en el que se desencadena el habitar el cuerpo y su peso; cerrarlos para no ver, mirar para otro lado para no temer; apretar los párpados para que el afuera no inocule su mal; videncia de lo indeseado, del desastre, del destino (imposibilidad de cerrar los párpados); pero también ojos desorbitados, defasaje del rumbo, de la mirada; ojos ciegos, imposibilidad de la visión, dislocación, baile desorbitado del globo ocular.

Clausura absoluta de la mirada en la muerte: visión que ya no ve. Los ojos son esa oscuridad desfondada, tumba circular *irisada* que promete su pupila negra, su punto sin luz, el más oscuro.

Órbita del mirar y el ver en que se juega el contacto con el afuera. Modulaciones de la atención y el tacto: clavar los ojos como parar la oreja, ambliopía voluntaria del mirar para otro lado sin querer ver. Mirada huidiza y temblorosa, pero también ojos con intención e

intensión propia (“se le van los ojos”). Expectación y deseo. Forma del contacto, de la extensión: tocar con los ojos, desnudar con la mirada, dilatar en lo expuesto a la luz y en lo oculto a ella.

¿Órgano pulsional de la mirada? Abrir y cerrar, intermitencia deseante: el deseo tiene ojos que mira ojo en ojo: en el ojo de la tormenta el ojo se deja envolver por ese ciclón (ojo) del deseo, círculo deseante. ¿Golosina caníbal? Suave nervadura del núcleo de la mirada. Entornados en un estrabismo radical revelan la mirada interior que se entierra no ya en el cuerpo sino en las imágenes del deseo, abriéndose hacia el adentro de la caverna de sus imágenes.

Lunar

Inmenso, dimensión <mensura > medida < mensura < mensual = mes > menstruar < mes = mensual <men = mon> moon = Luna >Lunes < Luna >**Lunar**< Luna >Leuk < *luc-lūc* > lux, lumen < *luc-lūc* >luceo< *luc-lūc* > Luna = moon<mon = men> neomenia= plenilunio < Luna >lunático

Inmenso, como dimensión, deriva de mensura, así como medida; o como mensura de mensual, del mes. Menstruar, que viene de mes, una vez, que, a su vez, viene de men o mon, del indoeuropeo. Moon, luna en inglés y Lunes, el día de la luna. De la luna, lunar: *cuerpo en el cuerpo, objeto nocturno que forma una constelación de cuerpos opacos que sugiere distancias desde dentro. Superficies oscuras, sin luz, mancha, mácula, marca, del Cuerpo: corpus: la multitud de imágenes que es un cuerpo. Cuerpo celeste. Luna, lunar: Punto de partida.* Luna: nom. Leuk-s-no. Leuk, cuya raíz, *luc*, brillar, da origen a luz y a lucir. Bajo los efectos de las fases lunares, lucir se asemeja a lunático en cada intervalo.

Mierda

¿Y qué de esos objetos que hacen cuerpo y son sus deshechos? ¿Qué de la mierda, la menstruación, el esperma, la voz, la mirada, (sin dejar por fuera las flatulencias y eructos que serían los deshechos del alma)?



La menarca, la polución; el juego de los ciclos que espera la contingencia propicia para desatar los nacimientos, los abortos; sí, los abortos también. La mirada, esperando el contacto vertiginoso con el otro. La voz abriéndose al lenguaje. La mierda, producto primero, abriendo la relación y el comercio. Bataille decía que somos una herida abierta. Las rajaduras del cuerpo son la herida por la cual sangramos: el culo, la vagina, el meato, el ojo, la boca. Bordes por donde se deslizan esos objetos que hacen cuerpo. Que cuerpean. Objetos que no son externos, ni internos, sino que operan ese pliegue, ese entre, ese espacio otro que llamamos de lo humano.

Excremento, mierda, son palabras que podrían agrupar pero que no llegan a dar la dimensión necesaria de esos objetos. Hacen referencia a lo que el cuerpo selecciona y lo que despiden hacia su exterior. Son los restos, lo inservible, lo inútil, aquello de lo que debemos despojarnos. Pero los restos del cuerpo hacen cuerpo, sin esos restos el cuerpo se configuraría en un interior sin mundo.

La primera mierda que sale del cuerpo humano es el meconio. Meconio deriva del latín *meconium* y esta del griego *mekonion* que significa *jugo de adormidera, opio*. La asociación entre el líquido expulsado por el bebé y el opio o el jugo de adormideras se debe al color verdoso que caracteriza a ambas. El meconio es una de las primeras producciones del cuerpo; es la primera técnica que compone un producto final, es la base de la cultura.

En ese sentido, una vez salido el meconio, el cuerpo no para de devenir, de acontecer. La cultura es ese espacio que sobra de un cuerpo. Es la mierda soporífera donde lo humano no deja de advenir.

Uñas

Las uñas están ahí como una presencia anómala incrustada en la piel, en el punto exacto donde un cuerpo alcanza la barranca y podría perderse en la altura del afuera. Las uñas están ahí como un fragmento de tiempo anacrónico, laminilla mineral, garras de bestias prehistóricas, piedras pulidas de los primeros minutos del planeta. Son un enlace con una *larga duración* arcaica pero

son así también la promesa de una sobrevida: convertida la piel en volutas de nada, ahí seguirán las uñas. El cuerpo, la piel, se degradan, pierden su fuerza, se pliegan, prontamente comienzan el ritual preparatorio de su desaparición; las uñas insisten, crecen, se lanzan a lo abierto, quieren lo abierto, son lo abierto en la clausura de la carne: inquietud de las uñas, son el *apeiron* trabajando los límites de una finitud humana, demasiado humana. No Infinito, sino *infinitud*, las uñas son un suplemento prostético por el cual los cuerpos interrumpen su signatura de sello irreductible de mortalidad; algo en nosotros nos garantiza un pasado impropio y una posterioridad incalculable

Si el siglo XX comenzó confinándonos en un ser-para-la-muerte, comprendiendo la larga tarea del morir como nuestra más íntima posibilidad, ¿no anuncian las uñas algo del orden de nuestra más éxtima imposibilidad, lo que nos expropia no sólo del Ego sino de lo humano, de lo orgánico, de la vida, lanzándonos a lo arcaico, a la larga duración del tiempo? Flujo anorgánico, correntadas de materia informe, partículas elementales al borde mismo de cualquier composición: he ahí la memoria anamórfica del inconsciente material que cargamos con las uñas y que es, al mismo tiempo, su potencia de sobrevida.

¿Podemos hablar de un dios tallado en las uñas, como se habló de un dios tallado en la piedra y que es la piedra? Si lo hacemos, y no vemos por qué no hacerlo, deberíamos hablar de un dominio de lo sagrado que coincide punto por punto con la extensión infinitesimal de la materia, y cuya fe rezaría: creer en el mundo, sabiendo que el mundo no agota el mundo pero que aquello que lo excede es, también, el mundo. En las uñas están grabadas las nuevas tablas de la ley.

En la futura zona de desastre y devastación, sólo quedarán las piedras y las uñas custodiando, medidas por la aridez del viento desértico, la cifra de una sobrevida ilimitada; guardianas de la puerta de la infinitud, ésta se encuentra, como en la fábula kafkiana, mínimamente entornada para *cualsea*, para cada uno de nosotros.

-¿pero quién, nosotros?-